

C A P Í T U L O

3

La mañana siguiente, caminamos lentamente por la aldea de Hail, para que nos vieran aquellos con la muerte en sus pensamientos. Era día de mercado, y bastante concurrido, pero los aldeanos se hicieron a un lado para darnos paso. Nadie hizo contacto visual; nadie quería ser visto intentando llamar la atención de una Mercy Deshuesada. Nos dejaron mucho espacio para caminar, de manera que las puntas de nuestras capas no los rozaran.

La gente nos identificaba por nuestras capas de Mercy, elaboradas con lana gruesa teñida de negro y bordadas con plumas de cuervo. Las nuestras brillaban por el recubrimiento dorado del aceite de linaza que les frotábamos para mantenerlas secas de la lluvia y la nieve.

Una muchacha no podía aceptar o realizar el trabajo de una Mercy en las Tierras Vórdicas a menos que llevara una capa de Mercy. Hacerlo podría acarrear la ira de algún jarl excesivamente impetuoso; de otra forma, cualquiera podría comprar una daga de Mercy en algún mercado y comenzar a negociar con la muerte. Las capas también eran algo engañosas. Hacía dos años, en mi cuarto encargo, nos buscó la hija de un



sastre que quería que asesináramos a su padre, quien era alcohólico, la golpeaba y quien sabe qué más. Runa dijo que era un asesinato de venganza, no de misericordia, y que, por tal motivo, no era nuestro trabajo. Ovie dijo que, de ser descubierto, nos traería problemas. Pero a mí no me importó. Vi los golpes oscuros sobre las mejillas de la muchacha. Acuchillé al padre mientras orinaba esa misma noche fuera de la taberna con un sutil corte en sus entrañas. Se retorció en el lodo del suelo, desangrándose hasta la muerte.

El golpeador de hijas gritó durante toda su lenta y dolorosa muerte, y yo me sentía agradecida por ello.

Siggy solía decir que las Mercies no debían disfrutar asesinar a alguien. Pero a quienes golpeaban a sus hijas, a sus esposas, aquellos que eran crueles con los animales, aquellos que eran brutales, egoístas y malvados... me gustaba matarlos. Sentía placer al hacerlo.

Al final, entramos a la Posada de Hail, en donde nos vimos envueltas por el crepitar de una fogata que ardía junto a unas mesas de madera robustas y un cantinero barbudo alegre que no pareció preocuparse ni un poco por nuestras capas una vez que vio nuestra moneda. Le ordené un estofado de carne y pan, y una pinta de cerveza negra para cada una. Encontramos una mesa en un rincón apartado del fuego, Runa y Juniper a un lado, y Trigve y Ovie, conmigo en el medio, en el otro. Una muchacha delgada nos trajo unos tazones humeantes y unas jarras burbujeantes, lo cual me levantó el ánimo, agradecida por estar en un lugar tan cálido y vivo, agradecida por no estar comiendo en la intemperie fría una vez más.

Runa no compartía mi buen humor. Comió tres cucharadas de su estofado y luego bajó la cuchara con un golpe.

—Estoy cansada de los asesinatos como Mercy.

Era una vieja discusión. Una que teníamos desde la muerte de Siggy.

No había ningún castigo por abandonar el negocio; no jurábamos lealtad a ningún jarl como lo hacían los guerreros vórdicos, sino que éramos más bien como los guerreros del seto de Elshlandia, mercenarios errantes que aceptaban cualquier trabajo que encontraran y que dormían bajo un seto cuando no lo hacían. Vivíamos sin la comodidad del Gran Salón de algún jarl y la comida y refugio que este proveyera... Pero éramos libres de ir y venir a nuestro gusto, lo cual tenía sus ventajas.

Ovie, por su parte, no le daba mucha importancia al negocio de la muerte, pero yo sabía que disfrutaba viajar hacia tierras lejanas y conocer el mundo. Runa no parecía molestarse por las caminatas interminables, pero odiaba acarrear a la muerte. Juniper anhelaba quedarse quieta, ya que había sido criada por las Brujas del Mar en una caleta junto al Mar de la Calma y sabía lo que era tener un hogar y familia.

Ninguna estaba satisfecha.

En algunas ocasiones, deseaba que mis padres me hubieran dejado alguna parcela de tierra pequeña y aislada en las afueras de algún reino tranquilo. Como granjera, podría haber hecho lo que quisiera, más que la mayoría, al menos. Hubiera estado a la merced de nadie más que la naturaleza y los dioses.

Había visto a las granjeras vórdicas promedio en nuestros viajes. Araban la tierra, la cultivaban, la cosechaban, estación tras estación, año tras año. Me imaginaba que debía ser una vida dura, bajo la severidad del sol de verano y los helados vientos del invierno. Y, por lo general, se veían casi muertas de hambre y tan débiles que escapaba a la razón. Pero habría aceptado esa vida sin dudarle un segundo en lugar de ser una Mercy.

No, era mentira.

Habría soportado ser una granjera solo por una estación, posiblemente dos, y luego habría cedido el lugar. Fui hecha para deambular sin parar.

Siggy lo notó desde el principio y tenía razón. Nunca elegiría enterrar mi juventud en la tierra y dejar que mi espalda se encorvara y la piel ganara aspereza. Quería más que esto. Mucho más.

–Estoy cansada de los asesinatos como Mercy –repitió Runa, más fuerte esta vez.

La miré fijo.

–“Una vez Mercy, por siempre Mercy” –era algo que Siggy solía repetir cada vez que le preguntaba si alguna vez había considerado abandonar el negocio de la muerte–. Hemos visto muchas muertes como para borrarlas de nuestros corazones, llevemos las capas de cuervos o no.

Runa golpeó la mesa con su puño y se volcó un poco de cerveza de las jarras.

–Y si nos uniéramos a los Quicks dirán: “Una vez Quick, por siempre Quick”. ¿No creen que sería verdad?

–Runa –dijo Ovie con su voz suave pero profunda y los ojos entrecerrados–. No lo hagas.

Runa abrió los ojos y comenzó de todas formas.

–Quiero hacer otra cosa. *Cualquier* cosa. Unámonos a los Quicks.

Los Quicks merodeaban los Siete Bosques Eternos y vivían de la tierra. Eran muy decididos y resueltos a la hora de cazar, pero alegres y despreocupados por la noche junto a las llamas. Nos habíamos topado con algunos grupos de Quicks en nuestros viajes por la Frontera Vórdica, mientras seguíamos el negocio de la muerte. A menudo, nos compartían su fuego.

Las leyes vórdicas establecían que las Mercies Deshuesadas se debían dejar el cabello largo; era la norma para las portadoras de la muerte y era tan importante como nuestras capas. Los Quicks, sin embargo, tenían el cabello corto para evitar que se entrometiera en su camino, para ser

silenciosos, para ser *rápidos*. Se decía que estaban bendecidos por los dioses y los jarls creían que traían suerte a cualquier bosque en el que merodearan.

Las leyes vórdicas también establecían que algunos jarls estaban obligados a pagarles a los Quicks una cantidad importante de oro para mantener sus bosques libres de ladrones y forajidos, una victoria fácil para los habilidosos arqueros. Este oro les permitía comprarse botas más robustas y mejores capas. Les permitía mantener una serie de refugios secretos y bien abastecidos a lo largo de todas las Tierras Vórdicas, que iban desde cuevas y guaridas en los árboles hasta grandes cabañas camufladas en las profundidades del bosque, invisibles excepto por la pequeña nube de humo que emanaba de su techo.

Alejé mi tazón y descansé la barbilla sobre mi mano.

—Ya hemos discutido esto, Runa. Los Quicks no nos aceptarán. Se lo he preguntado a cada grupo con el que nos topamos y todos rechazaron la oferta, cada uno de ellos. Quieren merodeadores despreocupados, lentos para la ira y rápidos para la risa. Quieren arqueros habilidosos, silenciosos al cazar pero ruidosos y escandalosos por la noche junto al fuego. Además, nosotras estamos en el negocio de la muerte.

Runa se encogió de hombros.

—Aprenderemos. Pueden enseñarnos.

—¿Y por qué se molestarían?

Los ojos grisáceos de Juniper pasaron de mí hacia Runa, una y otra vez. Tenía un puñado de caracolas rotas en el bolsillo de su túnica. Las había recolectado de las costas de Merrows, y comenzó a juguetear con estas. Hacía esto cada vez que estaba preocupada. Oí el tintineo suave por debajo de la mesa.

Runa cerró los ojos y suspiró.

—Entonces simplemente formemos nuestro propio grupo del bosque. Podemos dirigirnos al Bosque Eterno más cercano y no salir nunca más.

Negué con la cabeza.

—Los Quicks tienen oro y refugio; pueden soportar las peores tormentas invernales con relativa comodidad. ¿Qué haríamos nosotras cuando nos azote una tormenta de nieve y no tengamos monedas ni ningún refugio secreto al que acudir?

Runa tomó un sorbo de su cerveza y se limpió la boca con su manga.

—Está bien. Unámonos a las Brujas del Mar —agregó y Juniper la miró por encima del hombro.

—No puedes. Ya te lo he dicho. Las Brujas del Mar no aceptarán a ninguna forastera. Una vez, Madre Hush ni siquiera me permitió adoptar un perro abandonado porque no había nacido en las costas de Merrows. Pero, al final, de todos modos me lo quedé. Lo alimenté con pescado fresco y le recité algunas oraciones para perros...

—¿Es por eso que te desterraron? —en solo un instante, la ira de Runa había pasado de mí hacia Juniper.

—No me desterraron.

—Entonces ¿por qué estás aquí con nosotras? Las Brujas del Mar protegen a las de su tipo; debes haber hecho algo verdaderamente horrible para que te desterraran.

Bajé mi jarra.

—Detente, Runa.

A mi lado, Ovie terminó su cerveza de un sorbo largo. Rápidamente, tomó su daga en silencio, se arrojó sobre la mesa y la llevó hacia el cuello de Runa.

—Deja a Juniper en paz. Tiene derecho a tener sus secretos, al igual que todo el resto acá.

Trigve abrió la boca para decir algo, pero coloqué mi mano sobre su brazo para que se quedara quieto. Quería ver cómo evolucionaba esto.

–Yo no tengo ningún secreto –se quejó Runa, mirando a Ovie a su ojo por sobre la cuchilla.

–Todas tenemos secretos –susurró Juniper.

–Sí –agregó Ovie mientras alejaba la daga, dejándole una pequeña marca de sangre sobre el cuello a Runa.

La mayoría de los vórdicos preferían no hablar de su pasado. Pensaban que traía mala suerte. A menudo, cuando el protagonista de una saga hablaba de su niñez significaba que no le quedaba mucho por vivir.

Además, Siggý solía decir que el camino del negocio de la muerte estaba lleno de aflicción, y era mejor dejar las historias tristes atrás. Por eso no husmeábamos, incluso Runa... hasta ahora.

Runa se limpió la sangre del cuello con el pulgar. Ovie era lo único en todo el mundo que parecía darle miedo. Aun así, su fuego solo había sido domado, no apagado. Se inclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

–Entonces no podemos unirnos a las Brujas del Mar. ¿Qué dicen si nos unimos a las monjas Gothi?

–Las monjas no pueden entrar al convento sin hacer una enorme ofrenda a su dios, Obín. Además, participan más en el negocio de la muerte que nosotras. No te imagino lavando cadáveres y preparándolos para cremar, Runa. Y ¿qué tal si algún jarl quiere hacer un sacrificio vestal en nombre de Forset y las monjas te envían a ti? ¿Qué harás luego?

Runa no respondió. Hubo un largo silencio entre nosotras, en nuestra mesa envuelta por la quietud del zumbido de una posada atestada. Juniper se estremeció. Los pies de Trigve se frotaron contra los míos. Ovie estaba en silencio, esperando simplemente por lo que yo haría a continuación, hasta que los ojos de Runa se encontraron con los míos.

–Bueno ¿qué sugieres, Frey? Si no te gusta ninguna de mis ideas, entonces ¿por qué no propones alguna? Sé que odias tanto como yo los asesinatos como Mercy.

Me incliné hacia atrás y me crucé de brazos, igual que ella, y le recé en silencio a Valkree para que me enviara una nueva idea, un camino alternativo.

El frente de la posada comenzó a moverse. Un sujeto alto, pelirrojo, con el cabello largo se había levantado de su mesa y ahora estaba cerca del fuego, contando una historia. Había demasiado ruido como para entender sus palabras, pero eventualmente la habitación comenzó a callarse. Las cucharas descansaron silenciosamente en los tazones, los cuerpos permanecieron quietos y todos los ojos se posaron sobre el ávido narrador.

Contaba una historia sobre la Bestia de Blue Vee.

Ya había oído hablar de esa bestia. Todas lo habíamos hecho. Esos ruidos de sangre, oscuridad, muerte. Una criatura que aparecía por la noche y masacraba aldeas enteras en Blue Vee. Hombres, mujeres, niños. Luego, pasaban algunas semanas, un mes... y la carnicería comenzaba otra vez. Algunos decían que la criatura se comía los cadáveres, otros que los arrastraba hacia su madriguera, otros que solo se llevaba a las mujeres, otros que solo se llevaba a los hombres, y otros que solo se llevaba sus cabezas y las usaba en algún ritual oscuro de magia de la nieve.

–... y por la mañana encontraron los cuerpos, decapitados, sin vida, colgados de los pies en los árboles, el más joven de ellos, todavía un bebé. Los hombres de Roth los bajaron y los cremaron, pero ahora la aldea es un lugar maldito, y los fantasmas de los muertos deambulan al caer la noche –la voz del sujeto se elevaba a lo largo de la posada–. El Jarl Roth ofrece mucho oro a quien pueda derrotar a esta bestia, pero ¿quién de aquí le ofrecerá su espada?

Roth era el jarl de Blue Vee, y la mitad de sus guerreros había sido asesinada luchando contra esta bestia. Había pedido ayuda a algunos reinos vecinos, pero muy pocos respondieron. Era un lugar difícil para llegar a pie, ya que había que cruzar el peligroso y fétido Pantano del Sauce Rojo o cruzar el angosto Paso del Lazo en las Montañas Skal. Los Piel Jade vivían en el Paso del Lazo y eran salvajes del lejano norte, brutales y despiadados. Se decía que se comían los corazones de sus muertos.

Una persona podía navegar por la costa para evitar estos peligros, pero los barcos de asalto requerían dos docenas de hombres fuertes para remar y solo los jarls podían permitirse tener un navío de casco trincado con un único mástil. Si una persona disponía del oro suficiente, podía permitirse subir a uno de esos únicos barcos mercantes que llegaban a la costa de Blue Vee, pero si alguna de nosotras tuviera esa cantidad de dinero, no arriesgaríamos nuestras vidas intentando asesinar a un monstruo.

La gente a nuestro alrededor comenzó a susurrar. Decían que Blue Vee era un lugar maldito y especulaban con lo que podría ocurrir si nadie mataba a la bestia. ¿Regresaría a las lejanas tierras del norte y dejaría al resto de las Tierras Vórdicas en paz? ¿O bajaría hacia el sur?

El sujeto pelirrojo levantó un puño en el aire y la luz del fuego se reflejó sobre un brazalete de bronce que llevaba en su muñeca.

—¿Quién de aquí tiene la valentía para enfrentar a este monstruo y hacerlo desaparecer? —señaló hacia un sujeto de hombros anchos cerca de la puerta—. ¿Se atreve usted, herrero? ¿Sumaría su fuerza a la de Roth para terminar con este horror?

El herrero, un sujeto barbudo y atractivo de unos treinta años, simplemente se encogió de hombros.

Nadie se animaba a responder al llamado de Roth. Ya había visto una escena similar una docena de veces en numerosas posadas en los últimos meses.

Y aun así...

Miré a cada una de las Mercies a los ojos.

–Digo que vayamos al oeste y ataquemos a la bestia de Blue Vee. La perseguimos, luchamos contra ella, la asesinamos y reclamamos nuestra recompensa.

Ovie no dijo nada. Juniper no dijo nada.

–¿Blue Vee? –preguntó Runa, frotándose la mandíbula con su palma mientras me miraba con cautela–. ¿Ese es tu plan para dejar atrás los asesinatos como Mercy? Nosotras acabamos con la vida de los enfermos y viejos, Frey, no de bestias sedientas de sangre. ¿Qué te hace pensar que nosotras podemos matar a esa cosa? ¿A una criatura que ni siquiera los guerreros más entrenados pudieron destruir?

Incluso mientras la escuchaba, mi corazón comenzó a latir más fuerte, y la sangre a correr con más fuerza por mis venas.

Quería luchar contra algo que opusiera resistencia.

Quería eso más de lo que quería un hogar y una familia. Quería eso más de lo que quería comida, calor y oro.

Mis ojos se encontraron con los de Runa.

–Los guerreros entrenados son muy ruidosos al asesinar. Nosotras lo hacemos en silencio. Y esa es la forma en la que se caza a una bestia.

–*Silencio*. Ustedes dos –dijo Ovie, quien señaló hacia un grupo de hombres en el rincón opuesto jugando un juego de dados–. Nos están escuchando.

Abandonamos la posada y nos acostamos bajo un enorme roble en las afueras de la ciudad, sobre un colchón de césped limpio y floral. Desperté

antes que las demás y me quedé recostada, mirando hacia arriba, con los brazos cruzados por detrás de mi cabeza. El cielo estaba completamente azul y era uno de esos anocheceres perfectos del temprano otoño.

Pero las hojas del roble comenzaban a cambiar de color. Una señal de lo que estaba por venir.

Invierno.

Días más cortos, noches más largas. Poca comida. Y el frío. Siempre, siempre el frío.

El trabajo de Mercy era mejor entre las sombras. La gente con la muerte en sus mentes nos buscaba una vez que el sol se escondía.

Una anciana, jorobada y retorcida como un árbol de enebros de ramas blancas como los huesos, se acercó. “Vengan a la casa en el cruce del sur, aquella con cinco ventanas. Traigan veneno. Puedo pagarles”.

El herrero de la posada, con su mirada oscura y profunda llena de melancolía, también nos buscó. “Vengan a la herrería, suban por las escaleras de afuera y golpeen dos veces la puerta. Mi abuela está ansiosa por ver el Holhalla”.

Un padre, delgado y agotado, de ojos castaños llenos de tristeza, recurrió a nosotras. “Vengan a la vivienda junto al enorme pino, en dirección al norte. Infección de la piel”.

Y un último pedido, justo cuando el pesado sol anaranjado se escondía tras el horizonte. Una niña de no más de doce años, con el cabello negro y ojos verdes, se acercó a nosotras.

–Necesito algunas Semillas Azules.

–¿Por qué? –preguntó Runa–. No somos Vendedoras de Pociones. Nosotras *usamos* el veneno, no lo vendemos.

El veneno de Semillas Azules se obtenía de las semillas del pino negral; era difícil de hacer y difícil de conseguir, pero otorgaba una muerte rápida

sin dolor. Una pequeña dosis también vaciaría el útero de una mujer, si ese era su deseo, lo cual estaba permitido en algunos reinos, pero no en todos. Las leyes cambiaban tan rápido como los jarls morían y un nuevo gobernante tomaba su lugar. A menudo, las mujeres jóvenes nos buscaban para pedirnos una “Pequeña Semilla”, como solían llamarla, con las manos sobre sus vientres y la mirada llena de miedo. Les decía que buscaran a los Vendedores de Pociones... pero también les sugería que usaran aceite de zanahoria salvaje en el futuro para prevenir una situación similar.

La muchacha de cabello oscuro comenzó a temblar ante la mirada firme de Runa, haciendo que sus delgados hombros se retorrieran en su vestido de lana negro.

—Mi padre se marchó hacia el Pantano del Sauce Rojo y nunca más regresó. Mi madre encontró un nuevo esposo y él... no es bueno con ella ni conmigo. Quiero que muera.

—Esa es una muerte de venganza, no de misericordia —la voz de Runa se tornó un poco más suave.

Juniper avanzó y colocó un brazo sobre la cintura de la muchacha. Le corrió un mechón de cabello y le susurró una oración al oído.

Mis ojos se toparon con los de Ovie. Ya habíamos realizado muertes de venganza en el pasado. Para obtener nuestras capas de Mercy, claro, pero no se habían detenido allí. Estas muertes estaban prohibidas y las cosas podrían salir muy mal si éramos descubiertas. Aun así, eran mucho más satisfactorias que las muertes de misericordia.

Ovie asintió. Tenía su apoyo.

Busqué en mi saco de cuero, tomé un vial con un líquido aceitoso azul y se lo entregué a la muchacha.

—Toma —le dije—. Y recuerda, nuestra Bruja del Mar lo ve todo y sabe todo. Si me entero que utilizaste la poción en otra persona además de

tu padrastro, te buscaremos y te enviaremos directo a Hel. Nos estás poniendo en riesgo. ¿Entendido?

Me miró fijo por un momento, asintió y, luego me entregó dos monedas, antes de marcharse corriendo hacia la oscuridad de la noche.

Los Vendedores de Pociones tenían normas muy estrictas y nunca les vendían a los niños. Algunas veces, incluso, ni siquiera nos vendían a nosotras. Siggy nunca le habría dado la poción a la niña.

No estaba segura de si esto la hacía una Mercy Deshuesada fuerte o una débil.



Primero, fuimos hacia el cruce y luego a la herrería. Viejos y enfermos. Sencillo. Dejamos el caso de la infección de piel para lo último.

La casa no era más que un cobertizo de rocas, construido junto a las entramadas raíces de un alto y antiguo pino, cuyas ramas superiores se elevaban con su grandeza y fortaleza sobre un pequeño lago negro. El sujeto delgado que habíamos encontrado más temprano nos recibió en la puerta, con los ojos algo irritados y las manos temblorosas.

Su esposa tenía cabello dorado tupido y manos pequeñas. Su piel estaba totalmente cubierta por llagas supurantes. Suspiró al vernos, pero no fue por tristeza o alivio, no pude saberlo. Su esposo la tomó en brazos y la sostuvo. Pasaron algunos segundos y luego le levantó la barbilla con sus manos, dejando al descubierto las ampollas rojas sobre su cuello pálido.

—Todo terminará pronto, corderito. No más sufrimiento, solo paz —le hice un gesto a Ovie, quien me entregó su cuchillo. Una hoja afilada, un cuello delgado, un solo movimiento y todo terminaría. La mujer quedó inmóvil.

Luego, siguió el hijo. Trigve guio al padre hacia afuera mientras nosotras subíamos la escalera hacia la otra habitación; había presenciado la muerte de su esposa, eso ya era suficiente para un hombre.

El niño tenía, como mucho, diez años y cabello dorado, con una mirada valiente en sus ojos azules, incluso en su lecho de muerte. Juniper se arrodilló y comenzó a rezar.

Ovie, al ver al niño, negó con la cabeza.

—No. No me quedaré a ver esto —dio media vuelta, bajo por la escalera y se marchó por la puerta del frente.

Giré hacia Runa.

—Es solo un niño —la voz de Runa adquirió un tono profundo de crueldad y tristeza.

Asentí.

Runa y yo éramos las más fuertes como para encargarnos de los niños. Pero siempre nos conteníamos.

—Solo háganlo —gritó el niño desde la cama, con fuego en su voz—. Quiero llegar al Gran Salón de los Caídos mientras aún tenga algo de fuerza en mí —levantó su puño en el aire y una ampolla estalló, bañando en sangre todo su brazo.

La valentía del niño casi me quiebra. Incluso luego de haber visto todo lo que vi, incluso luego de tanta muerte.

Las oraciones susurradas de Juniper se detuvieron.

—Yo me encargo —dije—. Tú te encargaste de los últimos dos niños, Runa.

Runa movió sus trenzas oscuras hacia atrás de sus hombros. Su cabello era de un tono negro de Skyye, como la gran mayoría de la gente vórdica cuyos ancestros podrían trazarse hacia las Islas Skyye, y tenía algunos reflejos violetas azulados a la luz del fuego que ardía en el brasero.

—No, yo lo haré. La sangre es sangre, los huesos, huesos, y la muerte, muerte. Todo es lo mismo.

Juniper retomó sus oraciones.

El cuchillo de Runa era más pequeño que el de Ovie pero igual de filoso. Caminó hacia el niño y, a pesar de todo lo que había dicho sobre que la muerte era muerte, se inclinó y sujetó su pequeño brazo con el suyo, hombro con hombro, como guerreros antes de una batalla.

La gente decía que las infecciones de piel eran contagiosas, pero eso no la detuvo.

Los dedos del niño presionaron sobre su piel hasta que sus nudillos se tornaron blancos. Inclinó su cabeza hacia atrás...

Y terminó.

Su cuerpo se desplomó, dejando que su cabeza rubia se hundiera sobre la almohada.